

## editorial

## ESTE VERANO: ¡ EN FORMA !

1. Ponte en el lugar de la persona a la que criticas, de aquel a quien desprecias, de aquellos que permanentemente son mirados por encima del hombro y tratados peor que bestias de carga. Aguanta al menos el tiempo suficiente para responder a dos preguntas: ¿soy mejor que ellos? ¿que haría yo en su lugar? Una respuesta sincera produciría un vuelco saludable en tu corazón.

2. Contempla de vez en cuando tu universo interior. Tal vez descubras en el firmamento de tu vida las estrellas medio apagadas de tus sueños e ideales, las lunas incontables de tus posibilidades intactas, los planetas hostiles de tus miedos y limitaciones, tu propia tierra habitada por sonrisas y abrazos que no sospechabas y el sol, en fin, del Espíritu que pone orden e ilumina tus días y tus noches. No olvides que cada uno llevamos un universo dentro.

3. Renuncia poco a poco al posesivo. Cuando se pronuncia desata todos los vicios y desastres: la envidia de quien desea y la avaricia de quien tiene; la vanagloria del que conquista y el resentimiento de quien es sometido. ¿Cómo puedes arrogarte el derecho de que algo es tuyo, si tú no te perteneces a ti mismo? Sólo Él, que te creó, dueño de tu vida y de tu libertad, tenía ese derecho y dejó que su Palabra se encarnase: "todo lo mío es vuestro".

4. Sé paciente con las cosas y con las personas. Siembra, riega, espera, calla, cosecha, celebra. Y, si al caer la tarde, miras tus manos y están vacías, no digas que no tienes remedio o busques culpables de tu mal: tus manos aún están vivas. Levántalas alabando, ábrelas pidiendo, entrelázalas con otras tan vivas como las tuyas. Fíjate, ya no están vacías. Pero no dejes que permanezcan ociosas: si se paralizan no hay cura posible.

5. No busques a Dios con prisas para resolver tu problema. No digas siquiera que tratas de hacer su voluntad. Déjate más bien encontrar por él. Ponte a la vera del camino por si pasa; súbete al árbol, si es preciso, para que te vea; otea el horizonte cada amanecer porque él

madruga; despiértate en medio de la noche y llámale: todas sus horas son claras y luminosas; nunca serás inoportuno. El silencio o el grito, el llanto o la sonrisa, el gozo o el dolor, el amigo o el desconocido, pueden ser, en cualquier instante de tu vida, su tarjeta de visita. Porque Él viene, viene, viene siempre, ¿Por qué no este verano?, ¡Ponte en forma!

P. Avilés .



AL DOBINO 1